
ROMEO Y JULIETA.

PERSONAJES.

ESCALO, *príncipe de Verona.*
PÁRIS, *jóven de familia noble, pariente del anterior.*
MONTESCO, } *jefes de dos familias enemigas.*
CAPULETO, }
Un anciano, primo de Capuleto.
ROMEO, *hijo de Montesco.*
MERCUCIO, *pariente del príncipe y amigo de Romeo.*
BENVOLIO, *sobrino de Montesco y amigo de Romeo.*
TEOBALDO, *sobrino de la condesa de Capuleto.*
FRAY LORENZO, } *monjes franciscanos.*
FRAY JUAN, }
BALTASAR, *criado de Romeo.*
SANSON, } *criados de Capuleto.*
GREGORIO, }
PEDRO, *escudero del ama de Julieta.*
ABRAHAM, *criado de Montesco.*
Un boticario.
Tres músicos.
El paje de París.
Otro paje.
Un jefe de ronda.
LA CONDESA DE MONTESCO.
LA CONDESA DE CAPULETO.
JULIETA, *hija de Capuleto.*
El ama de Julieta.
Ciudadanos de Verona; varios deudos de ambos
sexos de las dos casas; enmascarados, guardias,
alguaciles y criados.
Coro.

PRÓLOGO.

Del raudo Adiga allá en la orilla amena,
En la bella Verona,
Lugar de nuestra escena,
De dos familias, en nobleza iguales,
El odio antiguo en nueva lid se encona;
Y en discordia civil sus ciudadanos
Con sangre tiñen sus civiles manos.
De las entrañas de estos dos rivales
Nacen dos malhadados amadores,
Cuyas desdichas y funesta suerte
Entierran con su muerte
La enemistad fatal de sus mayores.
De su pasión la historia desdichada,
La saña de sus padres enconada,
Que con la muerte de los propios hijos,
Y entre duelos prolijos,
Término sólo halló, por horas cuatro
El tráfico será de nuestro teatro.
Y si el senado ilustre á bien tuviere
Prestar á todo oído bondadoso,
Procuraremos con afán celoso
Las faltas enmendar que en ello hubiere.

ESCENA: en Verona y en Mantua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

Salen SANSON y GREGORIO, con espadas y broqueles.

SAN. A fe mia, Gregorio, no nos han de echar la albarda encima.

GRE. No, porque en tal caso seríamos pollinos.

SAN. Quiero decir que si nos enfadamos, desenvainaremos.

GRE. Eso es: mientras vivas trata de zafarte de la collera.

SAN. Cuando estoy corrido no tardo en asentar la mano.

GRE. Pero el caso es que tardas en correrte.

SAN. La vista de un perro de la casa de los Montescos basta para que me corra.

GRE. Correr es huir, y el que es valiente espera á pié firme: por tanto, aunque estés corrido, no harás sino huir.

SAN. Un perro de esa casa hará que espere á pié firme: quitaré la derecha á cualquier criado ó doncella de la casa de los Montescos.

GRE. Eso prueba que eres un pobre hombre; pues quitándoles la derecha, te quedarás arrimado

á la pared, y el más débil es el que siempre se queda arrimado á la pared.

SAN. Es verdad; por eso se ven las mujeres, que son las más débiles, siempre arrimadas á la pared. Por lo tanto, lo que haré será echar de la pared á los criados de la casa de Montesco, y arrimar á ella á las doncellas.

GRE. La riña es entre nuestros amos, no entre nosotros, sus criados.

SAN. Me es igual: me mostraré tirano: despues de pegar á los mozos, seré cruel con las doncellas, les cortaré las cabezas.

GRE. ¿Las cabezas de las doncellas?

SAN. Sí, las cabezas de las doncellas ó su doncelez (1); tómallo en el sentido que quieras.

GRE. Eso á ellas, que lo han de sentir.

SAN. Pues me sentirán mientras yo pueda tenerme de pié; y es sabido que no soy mal pedazo de carne.

GRE. Más vale así, que á ser pescado serias un pobre Juan. Saca tu herramienta, pues aqui vienen dos de la casa de los Montescos.

SAN. Ya está desnuda mi hoja; riñe, yo te guardaré la espalda.

GRE. ¿Cómo? ¿volviendo la tuya y echando á correr?

SAN. No te dé miedo.

GRE. ¿Yo miedo de ti? No, por cierto.

SAN. Tengamos la justicia por nuestra parte; que empiecen ellos.

GRE. Frunciré el entrecejo al pasar por su lado, y que lo tomen como quieran.

SAN. O como se atrevan. Yo me morderé el pulgar, mirándoles de reojo; lo cual es una afrenta para ellos si lo aguantan.

(1) Hay aquí en el original un juego de palabras que es de todo punto imposible verter al castellano.

Salen ABRAHAN y BALTASAR.

ABRA. Hidalgo, ¿os mordeis el pulgar con objeto de afrentarnos?

SAN. Sí, me muerdo el pulgar, hidalgo.

ABRA. ¿Pero es con objeto de afrentarnos? os pregunto.

SAN. (Aparte.) Tendremos la justicia por parte nuestra, si digo que sí.

GRE. (Aparte.) Nó.

SAN. No, señor, no es para afrentaros; pero me muerdo el pulgar.

GRE. ¿Quereis reñir, gentilhombre?

ABRA. ¿Reñir, hidalgo? No, señor.

SAN. Pues si quereis reñir, soy con vos. Sirvo á tan buen amo como vos.

ABRA. No mejor.

SAN. Bien, gentilhombre.

GRE. Di mejor. Aqui viene un deudo de mi amo.

SAN. Sí, mejor, caballero.

ABRA. Mentis.

SAN. Desenvainad, si sois hombre. (Aparte.) Gregorio, ten preparado tu tajo de gracia. (Riñen.)

Sale BENVOLIO.

BEN. Separaos, necios; envainad las espadas; no sabeis lo que os haceis. (Los separa.)

Sale TEOBALDO.

TEO. ¿Contra villanos sin honor el hierro, Benvolio, empuñas? Vuélvete y contempla La muerte que te espera cara á cara.

BEN. Tan sólo pongo paz; envaina tu hoja, O ayúdame con ella á separarlos.

TEO. ¿Hablas de paz cuando el acero esgrimes?

Detesto esa palabra cual detesto
A Satanás, á los Montescos todos,
Y á ti además. Defiéndete, cobarde. (Ríen.)

Salen varios individuos de ambas casas que toman parte en la refriega; salen luego CIUDADANOS con porras y partesanas.

CIUD. 1.º Con vuestras partesanas, porras y hachas
Sobre ellos dad; rendidlos, desarmadlos,
Y mueran Capuletos y Montescos.

Sale CAPULETO, en bata, seguido de la CONDESA DE CAPULETO.

CAP. ¿Qué estruendo es este? Dadme acá mi espada!
COND. Una muleta, no una espada pide.

CAP. ¡Mi espada, digo! Aquí Montesco viene
Blandiendo su tizona á mi despecho.

Sale MONTESCO y la CONDESA DE MONTESCO.

MON. ¡Oh, Capuleto vill!—¡Soltadme os digo!
COND. DE MON. Jamás para lidiar con tu enemigo!

Sale el PRINCIPE con su séquito.

PRIN. Vasallos revoltosos, adversarios
De la alma paz, que profanais rebeldes
Con sangre de vecinos ese acero...
¡No quieren escuchar? ¡Eh! ¡hombres! ¡fieras!
Que así apagáis de vuestra perniciosa
Ira la llama con torrentes rojos
De vuestras propias venas derramados?
¡So pena de tormento, al suelo, digo,
Bajad las puntas de esas crudas hojas
Que airados empuñais, y oid atentos
La voz de vuestro príncipe enojado!

Tres veces la discordia, promovida
Por una frase como el aire vana,
Por vosotros Montesco y Capuleto,
Ha turbado el sosiego de estas calles,
Obligando á los padres de Verona
A despojarse de sus graves prendas,
Y á blandir sus mohosas partesanas
Con viejas manos por la paz rendidas,
Para atajar la saña que os corroe.
Si alguna vez volveis de nuestras calles
A perturbar la paz, con vuestras vidas
De ella responderéis. Idos, pues, libres
Por esta vez no más. Venid conmigo
Vos, Capuleto. En cuanto á vos, Montesco,
Ireis al tribunal luego á la tarde;
Sabreis lo que dispongo en este asunto.
So pena de morir, váyanse todos.

(Vanse el príncipe, su séquito, Capuleto, la condesa de Capuleto, Teobaldo, ciudadanos y criados.)

MON. ¿Quién fué culpable de encender de nuevo
Esta reyerta antigua? Hablad, sobrino:
¿Cuándo empezó? ¿os hallabais presente?
BEN. Aquí riñendo estaban los criados
De vuestros enemigos con los vuestros
Antes que me acercara. Con designio
De separarlos desnudé la espada,
Cuando iracundo se acercó Teobaldo,
Desnudo el hierro, y me retó á la lucha,
Hendiendo el aire que á sus fieros golpes
En son de burla contestó silbando.
En tanto que la riña proseguimos
A tajo y á revés, de parte y otra
A fomentar la lid acudió gente,
Hasta que vino el príncipe, y un bando
Del otro separó con voz de mando.
COND. ¡Ay! ¿dónde está Romeo? ¡Por ventura
Le visteis hoy? Contenta estoy, y cuitada,
Que en esta riña no terció su espada.

BEN. Un hora ántes que el sol idolatrado
 En los balcones de oro del oriente
 Su faz mostrase, mi ánimo intranquilo
 Llevóme á pasear por las afueras,
 Donde, á la sombra de los sicomoros
 Que hácia poniente arraigan y los muros
 De la ciudad con su ramaje orean,
 Vi en hora tan temprana á vuestro hijo,
 Que en soledad sus penas distraía.
 Hácia él me fui, mas lo advertió sin duda,
 Y al punto se internó en el bosque umbrío.
 Midiendo yo sus ánsias por las mias,
 Que entónces soledad no más buscaban,
 (Y áun importuno me era yo á mí mismo),
 Seguí mi humor, sin contrariar el suyo,
 Huyendo á quien de mí contento huía.

MON. Allí le vieron más de una mañana
 Acrecentar con lágrimas el fresco
 Rocío del albor, y con suspiros
 Amontonar las apiñadas nubes.
 Mas cuando el sol en el lejano oriente
 Empieza apenas el tupido velo
 A recorrer del lecho de la Aurora,
 Vertiendo por doquier deleite y gozo,
 Huyendo de la luz, mi triste hijo
 A casa vuelve, y en su estancia á solas
 Se esconde adusto, y las ventanas cierra,
 Negando paso á la alma luz, de suerte
 Que en noche artificial queda sumido.
 Funesto fin tendrá su humor extraño,
 Si en breve á remediar no acierto el daño.

BEN. ¿Sabeis la causa de él, mi noble tío?

MON. La ignoro; en vano averiguarla quise.

BEN. ¿Le habeis importunado en algun modo?

MON. Si tal; lo propio han hecho sus amigos;
 Pero él es consejero de sus gustos,
 Si fiel no oso decir; mas tan callado,
 Tan reservado en todo, tan secreto,

A toda indagacion tan insondable,
 Como el capullo que el gusano roe
 Antes que abrir sus blandas hojas pueda,
 Luciendo su hermosura al suave ambiente,
 O consagrar al sol su dulce hechizo.
 Averiguara yo el oculto origen
 De su pesar, y tan gustoso diera
 Remedio á su afliccion cual la supiera.

Sale ROMEO á cierta distancia.

BEN. Ved donde viene. Retiraos, os ruego.
 Sabré su mal, ó no tendrá sosiego.

MON. Dios quiera que averigües en buen hora
 La causa de su mal. Venid, señora.
 (Váanse Montesco y la condesa.)

BEN. Buena alborada, primo.

ROM. ¿Es tan temprano?

BEN. Las nueve son no más.

ROM. ¡Ay! cuán pesadas
 Las tristes horas son! ¿Era mi padre
 Aquel que se alejó con tanta prisa?

BEN. El era. ¿Qué tristeza es la que el curso
 Alarga de las horas de Romeo?

ROM. La falta de ese bien que las acorta.

BEN. ¿Teneis amor?

ROM. Desden.

BEN. ¿Desden, Romeo?

ROM. Así me trata la que amor me inspira.

BEN. ¡Ay! ¡que el amor, que de ternura nace,
 Despótico y cruel se vuelva luego!

ROM. ¡Ay! ¡que el amor, á quien pusieron venda,
 Dé ciego, de su gusto con la senda!
 ¿Dónde quereis comer?—¡Ay triste caso!
 ¿Qué riña fué la que turbó esta calle?
 Mas no me digas nada: lo sé todo.
 Entra por mucho el odio en estas riñas,
 Pero el amor por mucho más. Por tanto:

¡Oh pendenciero amor! ¡Oh amante odio!
 ¡Suma de todo, engendo de la nada!
 ¡Pesada liviandad! ¡vanidad grave!
 ¡Deforme caos de hechiceras formas!
 ¡Pluma de plomo! ¡reluciente humo!
 ¡Helado fuego! ¡robustez enferma!
 Engañador letargo de desvelos,
 Que no es lo que es! Tal es mi amor, Benvolio,
 Amor de un alma que odia lo que siente.
 ¿Mas no te ries?

BEN. No, llorar quisiera.

ROM. ¿Por qué llorar?

BEN. De verte en tal estado.

ROM. Achaques son de amor. Gimo agobiado

Bajo la grave carga de mis penas.

No añadas á su peso las ajenas.

Pues ese amor que me demuestras tierno,

Con otro mal hará mi mal eterno.

Amor es humo que en volubles giros

Engendran vaporosos los suspiros:

Libre, cual fuego en ojos de amadores

Brilla tal vez; sujeto á mil rigores,

Es mar de llanto que esos ojos vierten.

Eso es no más: locura asaz sensata:

Es miel que ofrece vida, es hiel que mata.

Queda con Dios.

BEN. Detente, iré contigo.

Si así me dejas, no obras como amigo.

ROM. Yo no me encuentro; yo no soy Romeo:

En otra parte se halla, según creo.

BEN. Dime con seriedad ¿quién es tu amada?

ROM. ¿Quieres que te lo diga sollozando?

BEN. No sollozando, no; mas con cordura.

ROM. Dile á un enfermo á quien la muerte apura

Que haga con seriedad su testamento:

Consejo ocioso fuera en tal momento.

De veras, pues: á una mujer adoro.

BEN. Ya lo supuse al sospechar que amabas.

ROM. Pues acertaste. Es bella la que adoro.

BEN. Razon de más porque al amor sucumba.

ROM. No afinas esta vez. Se burla altiva

Del dios Cupido, cual Diana esquivá.

De castidad armada, las pueriles

Armas desdeña del amor sutiles;

No sufre que la sitien con ternezas,

Ni que la asalten con miradas dulces,

Ni abre su seno al oro, cuyo brillo

Fuera capaz de seducir á un santo.

¡Ay, rica es en hechizos! Su riqueza

Empero morirá con su belleza.

BEN. ¿De suerte que ha jurado morir casta?

ROM. Si tal: avara su beldad malgasta.

Es tan austera, que á la edad futura

Niega un reflejo fiel de su hermosura.

Es bella y es discreta en demasia,

É injusto fuera que ganara el cielo

Por casta, siendo causa de mi duelo;

Pues renegando del amor, la muerte

En vida me prepara de esa suerte.

BEN. Seguid vos mis consejos. Olvidadla;

No penseis más en ella.

ROM. Será fuerza

Que me enseñeis á no pensar primero.

BEN. Dad libertad completa á vuestros ojos:

Mirad otras bellezas.

ROM. De esa suerte

Me habrá de parecer mayor la suya.

Esas dichosas máscaras que encubren

El rostro de las damas, por ser negras,

Avivan nuestro afán de ver lo blanco

Que á nuestros ojos su negrura esconde.

El que se queda ciego, nunca olvida

De la alma vista el caro don perdido.

Aunque á la más hermosa me enseñaras

¿De qué me serviría su hermosura,

Sino de espejo en que los rasgos viera

De otra hermosura más que aquella rara?
Adios. No esperes que jamás la olvide.
BEN. Lo he de lograr: veremos quién lo impide.
(Váase.)

ESCENA II.

Una calle.

Salen CAPULETO, PÁRIS *y un* CRIADO.

CAP. También para Montesco, mi adversario,
Es terminante la orden; y por cierto
A nuestra edad no es cosa muy difícil
Vivir en quieta paz.

PÁR. Los dos honrados
Y dignos sois, y es lástima que en guerra
Vivierais tantos años. Mas, decidme:
¿Qué contestais, señor, á mi demanda?

CAP. Lo que otras veces contesté repito:
Mi hija es aún novicia en este mundo;
Aún no ha cumplido sus catorce abriles.
Dejad siquiera que otros dos estios
La flor lozana agosten, y entre tanto
Juzgadla tierna para ser esposa.

PÁR. Otras más tiernas son felices madres.

CAP. Y por lo mismo se marchitan pronto.
Todas mis esperanzas ménos ella
Me arrebató la tierra, y ella ahora
De mi vejez es la única esperanza.
Tratad de enamorarla, conde mio:
Mi voluntad no liga su albedrio;
Lograd su afecto, y si ella amor os muestra,
No os faltará mi apoyo; será vuestra.
Segun costumbre antigua, en mi morada
Habrá esta noche gente convidada:
Festejo á mis parientes y allegados.

No sois vos de los ménos estimados,
Y á acrecentar su número os convido:
Con vos habrá uno más, y bien venido.
Vereis resplandecer en mis umbrales
Esta noche cien astros terrenales.
Como el robusto labrador que advierte
Del crudo invierno la cercana muerte,
Cuando la primavera revestida
De galas mil alegre brota en vida,
Os henchireis de gozo al ver trocada
En un verjel de flores mi morada,
En un Eden florido.
Miradlas bien; prestad atento oido
A sus discursos, y elegid á aquella
Que á todas venza por discreta y bella.
Entre esa escuadra de beldad prolija,
Una de tantas, hallareis á mi hija;
Y los hechizos que os halagan tanto,
Podrán perder entónces todo encanto.
Venid conmigo. (Al criado.) Y tú recorre ahora
Las calles de Verona, y sin demora
Busca á los convidados
Cuyos nombres trazados
Vieres en este escrito, y di que ruego
Que se sirvan honrar mi fiesta luego.
(Váase Capuleto y París.)

CRÍA. Busca sin demora á las personas cuyos
nombres vieres en este escrito... Hay un refran
que dice: Zapatero á tu jardin, y jardinero á
tus zapatos; pescador á tus pinceles, y pintor
á tus pescados; pero á mí me mandan que bus-
que á las personas cuyos nombres están aquí
escritos, y por más que me devano los sesos,
no puedo dar con los nombres que aquí es-
cribió el escribiente. Será forzoso acudir á los
sabios.—En buen hora.

Salen BENVIOLIO y ROMEO.

BEN. ¡Calla, hombre! un fuego á otro fuego apaga;
Un mal amengua de otro mal la pena;
La angustia de un dolor la de otro estraga;
Un vértigo otro vértigo serena:
Sirva al veneno antiguo de triaca
Nueva ponzoña, y tu dolor aplaca.

ROM. Buen remedio es el plátano para eso.

BEN. ¿Remedio para qué?

ROM. Para una herida.

BEN. Romeo, tú estás loco.

ROM. No, no loco:

Pero me tienen como á un loco, atado;

En negra cárcel preso y sin sustento;

Herido, atormentado, y... (Al criado.) ¡Buenas tardes!

CRÍA. ¡Muy buenas tardes! ¿Sabeis leer, hidalgo?

ROM. Sí; mi destino en mi miseria leo.

CRÍA. Tal vez lo aprendisteis sin libro. Pero, decidme, os ruego: ¿sabeis leer de corrido todo lo que veis?

ROM. Por cierto; si las letras sé y la lengua.

CRÍA. Habláis como hombre honrado. Quedad con Dios.

ROM. Detente, que sé leer. (Lee.)

«El señor Martino, su esposa é hijas; el conde Anselmo y sus lindas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus encantadoras sobrinas; Mercencio y su hermano Valentin; mi tío Capuleto, su esposa é hijas; mi bella sobrina Rosalia; Livia; el señor Valencio y su primo Teobaldo; Lucio y la risueña Helena.»

¡Brava reunion! ¿A dónde la convidan?

CRÍA. Allá.

ROM. ¿A dónde? ¿á cenar?

CRÍA. A nuestra casa.

ROM. ¿A cuya casa?

CRÍA. A casa de mi amo.

ROM. Por cierto, hubiera debido preguntarte primero quién es tu amo.

CRÍA. Pues os lo diré sin que me lo preguntéis. Mi amo es el noble y opulento Capuleto; y si vos no sois de la casa de los Montescos, os convidó á beber una copa de vino; quedad con Dios.

(Váase.)

BEN. Al festin que hoy prepara Capuleto,

Segun antigua usanza, Rosalia,

La bella Rosalia que amas tanto,

Asistirá con todas las bellezas

Más raras de Verona. A él acude

Desprevenido el ánimo y la vista,

Y compara su rostro con algunos

Que yo te enseñaré: tendrás por cuervo

A la que juzgas blanco cisne ahora.

ROM. Si tal sucede, si mi experta vista,

Osa engañarme de tan triste modo,

Convíertanse mis lágrimas en llamas,

Y éstos, que tantas veces inundaron,

Mis transparentes ojos, como herejes

Ardan por mentirosos en su fuego.

¡Más bellas que mi amor! El sol radiante,

Que todo lo ilumina y lo ve claro,

No vió su igual desde que el mundo es mundo.

BEN. Viéndola sin rival, la hallasteis bella,

Porque consigo misma competia

En vuestros ojos, y quedó sin tacha;

Pero dejad que juzguen vuestros ojos

De su valor con otra comparada

Que en el festin os mostraré, y apenas

Tendreis por bella entónces á la misma

Que hora juzgais portento de hermosura.

ROM. Iré al festin, mas no por ver tal dama;

Sino tan sólo por gozar tranquilo

Contemplando el tesoro que poseo. (Váase.)

ESCENA III.

Una sala de la casa de Capuleto.

Salen LA CONDESA DE CAPULETO y el AMA.

COND. ¿Ama, do está Julieta? Quiero hablarla.

AMA. Por mi virginidad á los diez años,
Que la mandé venir.—¡Pichona mia!
¿Qué hace esa niña? ¡Ven acá, Julieta!

Sale JULIETA.

JUL. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?

AMA. Vuestra madre.

JUL. Pues héme aquí. ¿Qué me mandais, señora?

COND. El caso es este... Ama, véte afuera.

Es menester que hablemos en secreto.

Mas vuelve acá: más vale que te quedes.

Serás de nuestra plática testigo.

Ya va teniendo buena edad mi hija.

AMA. Nadie mejor que yo su edad conoce.

COND. Aún no ha cumplido los catorce abriles.

AMA. Catorce dientes apostara... (sólo

Me quedan cuatro ya por mi desdicha),

Que los catorce no cumplió. Decídmme,

¿De aquí á San Pedro cuánto tiempo falta?

COND. Dos semanas y dias.

AMA. Pues entónces,

Precisamente por aquella fecha,

La vispera del día de San Pedro,

Cumplirá por la noche los catorce.

Tenian una edad Susana y ella:

¡Dios dé su amparo á todo buen cristiano!

Con él está Susana. ¡Si era un ángel!

¡Ay! ¡harto buena para mí, y el mundo!

Pues como iba diciendo; por la noche,

La vispera del día de San Pedro,

Julieta cumplirá catorce abriles.

Si tal; bien lo recuerdo: once años hace

Que yo la desteté: fué por el año

Del terremoto; no lo olvido nunca.

Ajenjo en el pezon me di aquel día.

Tomando estaba el sol al pié del muro

Del palomar, y vos y vuestro esposo

En Mantua por entónces os hallabais.

Mirad si tengo ó no feliz memoria.

Pues como iba diciendo, cuando el labio

Aproximó al pezon, y del ajenjo

El amargor sintió, la pobrecilla

Echó á llorar, y con pueril enojo

La mano levantó contra mi seno.

El palomar crujió; y os aseguro

Que no hube menester que me dijeran

Que me pusiera en salvo. Desde entónces

Once años han pasado. Ya iba sola,

Corriendo y tropezando por doquiera.

Por cierto se cayó dos días ántes,

Hiriéndose la frente; y mi marido...

(¡Dios le haya perdonado!) que era alegre,

La levantó del suelo, y dijo: «Julia,

¿Te caes de bruces, hija? Cuando tengas

Más experiencia, te caerás de espaldas.

¡No es cierto, niña!» Y por la Virgen juro

Que la criatura, serenando el rostro,

Le dijo: «Si.» Mirad como esa broma

Hoy llega á ser verdad. Aunque viviese

Mil años, olvidarlo no podría.

«¿No es cierto, Julia?» dijo mi marido;

Y contestó ella: «Si,» con faz risueña.

COND. Basta, por Dios: te ruego que te calles.

AMA. Me callaré; mas fuerza es que me ria,

Pensando en aquel lance. «Si,» le dijo,

Dejando de llorar; y os aseguro

Que le salió un chichon del rudo golpe,

Tan grande como un huevo de gallina.
 «¿Te caes de bruces?» dijo mi marido;
 «Pues con el tiempo te caerás de espaldas.
 «No es cierto, Julia?» Y la rapaza luego,
 Dejando de llorar: «Si tal.» le dijo.

COND. Y deja tú de hablar, que es mucha historia.

AMA. ¡Silencio! ya acabé. ¡Dios te bendiga!

Nunca en mis brazos tuve otra tan bella.

Veré cumplidos todos mis deseos

El día que te cases.

COND. De eso trato.

Por cierto el matrimonio es el asunto

En que pensaba hablar. Decid, Julieta:

¿Teneis inclinacion al matrimonio?

JUL. Es un honor en que no sueño nunca.

AMA. ¿Honor lo llamas? Si no fuera tu ama,

Dijera que mamaste con la leche

Ciencia y saber.

COND. Pensad, pues, en casaros.

Más jóvenes que vos hay en Verona

Damas de gran valer que ya son madres.

Si no recuerdo mal, por vuestros años

Llegué á ser madre, y vos aún sois doncella.

Sabed en breve, pues, que el noble Páris

Os ama, y para esposa os solicita.

AMA. ¡Ay qué hombre, amita mia! En todo el mundo

No hay otro más galan: ¡es un dechado!

COND. No hay flor como él en el verjel de Italia.

AMA. A fé que es una flor, y flor preciosa.

COND. Decid: ¿podreis amar al caballero?

Asistirá esta noche á nuestra fiesta.

Miradle bien: vereis en las facciones

Del jóven Páris, cuantos bellos rasgos

Trazó con su buril naturaleza.

Examinad por partes los hechizos

Que ese conjunto armónico componen.

Cuánta nobleza ocultan esos rasgos

Os lo dirán sus centelleantes ojos.

Tan sólo falta á tan galan amante

Esposa digna de él. La faz dorada

Del cristalino mar al pez oculta:

Así escondida bajo bellas formas

¿A quién no agrada hallar un alma noble?

No pocas veces fama adquiere el libro

Que la leyenda de oro entre dorados

Dibujos en sus páginas encierra.

Ligada de tal suerte á su valia,

Compartireis su brillo y su renombre,

Sin detrimento de la fama vuestra.

AMA. ¿Sin detrimento? No; mas con rumento:

Del hombre el trato á la mujer abulta.

COND. Sed breve, pues. Decidme si de Páris

Os halaga el amor.

JUL. Si la mirada

Puede engendrar amor, con buenos ojos

Le miraré, porque su amor me halague.

Pero tened por cierto que mis ojos

No pasarán, en su amoroso vuelo,

Del limite que vos les señalarais.

Salte un CRIADO.

CRIA. Señora, ya están aqui los convidados, la

cena está servida, os llaman á vos, preguntan

por la señorita, reniegan del ama en la dis-

penza, y todos andan apurados. Me voy, tengo

que servir á la mesa. Venid pronto, os lo ruego.

COND. Vé, te seguimos. (*Vase el criado.*) Julia, el con-

de espera.

AMA. Vé, niña, y logra tras felices dias,

Felices noches, llenas de alegrías. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

Una calle.

Salen ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, con cinco ó seis enmascarados, hacheros y otros.

ROM. ¿Qué hacemos, pues? ¿Decimos nuestra arenga
Por vía de disculpa, ó penetramos
En el festín sin dar excusa alguna?

BEN. Tales prolijidades hoy no cuadran.
No vamos á sacar al dios Cupido
Con venda y arco de pintado leño
A estilo de los tártaros feroces,
Para asustar las damas. No queremos
Que anuncie nuestra entrada, recitando
Con débil voz un prólogo leído
Por el apuntador. No, que murmuren
Y digan de nosotros lo que quieran:
Bailaremos un rato, aunque les pese,
Y nos iremos.

ROM. Bien. Dadme una antorcha.
Bailar no puedo: estoy de humor pesado.
Os haré luz.

MER. No tal, gentil Romeo;
Es menester que bailes.

ROM. Perdonadme:
Gozad vosotros, pues estais alegres,
Y ágiles piés teneis: yo tengo el alma
Grave cual plomo: al suelo me sujeta
De tal manera, que mover no puedo.

MER. Eres amante: pídele prestadas
Sus alas al amor, y con su auxilio
Verás con qué donaire te columpias.

ROM. Me tiene atravesado con su dardo
De tal manera, que me falta brio
Para cernirme con sus leves plumas.

Me tiene mi hondo duelo tan postrado
Que en vano intento sacudir su yugo.
Me agobia del amor la grave carga.

MER. No tal: vos sois quien al amor agobia
Con vuestra pesadez, que es harto grave
Para sufrirla un sér tan tierno y blando.

ROM. ¿Teneis, pues, al amor por cosa blanda?
¡Ah no! que es por demas violento y rudo,
De áspera condición como el abrojo.

MER. Si es rudo amor, tratadle con rudeza:
Si os hiere alevé, á vuestra vez heridle,
Y al fin acabareis por domeñarle.
Dadme una funda en que ocultar mi rostro:
Tapemos una máscara con otra. *(Se pone la máscara.)*
Ahora que critique algun curioso
A su saber los rasgos de mi cara:
Esta postiza faz de negro paño
Se encargará de enrojecer por ella.

BEN. Llamad y entremos, y en estando dentro
Dispóngase á bailar el que pudiere.

ROM. Dadme una antorcha: bailen los livianos
De corazón boyante, y con sus plantas
Saltando opriman los marchitos juncos (1);
Yo os serviré de candelero en tanto,
Cual mudo espectador de vuestro brio.

MER. No tal; es menester que te saquemos
De ese amoroso cieno en que te ahogas.
Pero ¿qué hacemos? ¿alumbrar el día?

ROM. ¿Cómo alumbrar el día, si es de noche?

MER. Quiero decir que consumir en balde,
Estando aquí parados, nuestras hachas,
Es tener una luz al sol radiante.
Fijaos en el sentido, no en la letra
De mi discurso, pues tal vez el labio
No acierta á interpretar el pensamiento.

(1) En tiempo de Shakspeare habia costumbre en Inglaterra de tapiar el piso de las habitaciones con juncos, en lugar de alfombras.

Rom. Estoy pensando en que más cuerdo fuera
Renunciar al festín.

MEJ. ¿Por qué? Sepamos.

Rom. Tuve esta noche un sueño.

MEJ. Y yo otro sueño.

Rom. ¿Y qué soñasteis vos?

MEJ. Que las más veces

Deliran los que sueñan.

Rom. No deliran;

Sueñan cosas verídicas.

MEJ. ¡Oh! entonces

Advierto que con vos anoche estuvo

La reina Mab, la diosa de los sueños,

Que es á la vez partera de las hadas.

Del tamaño de un ágata que adorna

De un concejal el índice carnoso,

Tirada por un tronco de bichitos,

Cruza por las narices de los hombres

Cuando dormidos en el lecho yacen.

Los rayos de las ruedas de su coche.

Patas de araña son; alas de grillo

De cien cambiantes la cubierta forman;

Hebras sutiles que tejió la araña

Le sirven de tirantes; de colleras,

Los rayos transparentes de la luna.

El látigo es de hueso de cigarra;

Su extremidad de imperceptible borra;

Y su cochero es un mosquito pardo,

Más diminuto que el gusano breve

Que ocioso dedo de doncella cria.

Cáscara hueca de avellana forma

La concha de su coche, obra, por cierto,

De alguna ardilla ó de roedor gorgojo,

Que fueron siempre, desde edad remota,

Fabricantes de coches de las hadas.

Con esta pompa, á paso de galope

Noche tras noche cruza misteriosa,

Ya por los sesos de un feliz amante,

Que desde luego con amores sueña,

De un cortesano ya las piernas roza,

Y sueña nada más que en cortesías;

De un escribano por los dedos pasa,

Y en pingües honorarios sueña al punto;

Ya de una dama por los rojos labios,

Que sueña que la besan; aunque á veces

El hada los castiga con ampollas,

Porque su aliento á golosinas huele.

Tal vez cruza veloz por las narices

De algun letrado, que gozoso al punto

Sueña con husmear la pista á un pleito;

Y tal vez con el rabo de un gorrino

En la nariz cosquillas hace á un cura;

Mientras tranquilo duerme, y sueña entonces

Con alcanzar otra mayor prebenda.

Tal vez su coche por el cuello guia,

De un militar, quien con segar gargantas

De fieros enemigos sueña luego,

Con brechas y con hojas toledanas,

Con emboscadas y con tragos hondos

De cinco codos; y la bruja luego

Zumba en su oído. Al son de los tambores

El militar despierta, dando un brinco,

Y con el susto, renegando reza

Una oracion ó dos; de lado muda,

Y se vuelve á dormir. Esta es el hada

Que por la noche trenza cola y crines

A los caballos, y ensortija nudos

En sucias desgredadas cabelleras,

Que una vez desligadas, pronostican

Desventuras sin fin. Esta es la bruja

Que oprime de las vírgenes el seno

Cuando yacen de espalda, y las enseña

A ser mujeres luego de buen porte.

Esta es la que...

Rom. Por Dios, Mercucio, calla:

Que hablas de nada.

- MER. Cierto: hablo de sueños,
 Que son creaciones de una mente ociosa,
 Engendros de la loca fantasía,
 Sutil y vaporosa como el aire,
 Y más mudable que la brisa, que ora
 Del frío Norte halaga el seno helado,
 Y ora, irritada, resoplando vuelve
 Su rostro al Sur cubierto de rocío.
- BEN. Viento es tu charla; más no nos detengas;
 Que ya estará la cena concluida,
 Y por tu culpa llegaremos tarde.
- ROM. Harto temprano temo que lleguemos:
 Tengo un presentimiento que me augura
 Qué ha de serme fatal este sarao.
 Algun suceso, cuyo ignoto giro
 Saben los astros sólo, en esta fiesta
 Tendrá su origen, y esta odiada vida
 Al fin me arrancará de las entrañas,
 Merced á los amaños de la muerte.
 Pero dirija el rumbo de mi vida
 Aquel que la trazara. Caballeros,
 Soy con vosotros.
- BEN. Redoblad, tambores. (VÁBSE.)

ESCEÑA V.

Una sala de la casa de Capuleto. Músicos de espera.

Salen CRIADOS con servilletas.

- CRIA. 1.º ¡En dónde está Cazoleta, que no nos ayuda? ¡Llevar él una fuente! ¡Limpiar él una fuente!
- CRIA. 2.º Cuando los buenos modales están todos en manos de uno ó dos hombres, manos no lavadas, por más señas, es cosa triste.
- CRIA. 1.º Quita los bancos dobladeros, llévate tú el aparador, y ojo á la bajilla.—Tú, amigo,

- guárdame un pedazo de mazapan; y si me quieres, dile al portero que abra la puerta á Susana y á Elena. ¡Antonio! ¡Cazoleta!
- CRIA. 2.º Ya vamos, muchacho.
- CRIA. 1.º Os necesitan y os llaman; preguntan por vosotros y os buscan, en la sala grande.
- CRIA. 2.º No podemos estar aquí y allí al mismo tiempo.—Vivos, muchachos. Vamos listos una vez, y que cargue con todo el de más larga vida. (Se retiran.)
- Salen por un lado* CAPULETO, JULIETA *y otros de su familia; por otro huéspedes y enmascarados.*
- CAP. Caballeros, salud, y bien venidos.
 Las damas cuyos piés no ofenden callos
 Bailarán con vosotros esta noche.
 ¡Ah, jál vamos á ver, señoras mías,
 ¿Cuál de vosotras á bailar se niega?
 Pues juraré, par diez, que tiene callos
 La que se muestra esquiva. ¿Os llevo al vivo!
 Otra vez bien venidos, caballeros.
 Hubo un tiempo en que yo tambien gastaba
 Careta, y suspiraba en los oídos
 De lindas damas flores y ternezas,
 Que tal vez escuchaban con agrado.
 Pasó, pasó aquel tiempo. Caballeros,
 Muy bien venidos.—Música, señores.—
 Al baile, al baile.—Despejad, amigos.
 A danzar, hijas mías.—¡Hola, mozos,
 Dadnos más luz; llevaos aquellas mesas;
 Matad la lumbré, que el calor es harto.—
 No viene mal esta imprevista broma.
 Pero siéntate, primo Capuleto;
 Nosotros ya no estamos para bailes.
 ¿Cuántos años hará desde la fecha
 Del último disfraz á que asistimos?
- CAP. 2.º Treinta años por la Virgen.
- CAP. ¿Qué me cuentas?

Calla, hombre, no son tantos, no son tantos.
 Fué el día de la boda de Lucencio;
 Venga Pentecostes cuando quisiere,
 Hará veinte y cinco años; por entónces
 Fuimos enmascarados á su fiesta.

CAP. 2.º Son más, son más; y en prueba de ello tiene
 Treinta años su hijo.

CAP. ¿Qué decís? ¿Pues no hace
 Dos años que salió de la tutela?

ROM. (A un criado.)
 ¿Qué dama es esa que enriquece el brazo
 De aquel galán?

CRIA. Señor, no la conozco.

ROM. Excede su fulgor al de las teas.
 En el misterio de la noche oscura
 Parece como joya de gran precio
 Al cuello de un etiope prendida.
 ¡Belleza sin igual! ¡Indignos de ella
 Son los humanos y este bajo mundo!
 Bien como blanca tórtola entre cuervos
 A sus rivales vence en hermosura.
 En acabando el baile, con la vista
 La seguiré, veré do se coloca,
 Y haré dichosa mi grosera mano
 Tocándole la suya. ¿Acaso supe
 Lo que era amor hasta este dulce instante?
 Ojos, decid que no! Que hasta esta noche
 No ví jamás belleza verdadera.

TEO. A juzgar por su voz, éste es Montesco.

—Tráame mi estoque, tú.—¿Osu el villano
 Penetrar hasta aquí, la faz cubierta
 De una careta vil, para mofarse
 En tal solemnidad de nuestros usos?
 ¡Por la honra acrisolada de mi estirpe,
 No fuera criminal con darle muerte!

CAP. ¿Qué ocurre, primo? ¿por qué así te enojas?

TEO. Señor, aquel que veis es un Montesco;
 Un enemigo nuestro; y el infame

Ha penetrado aquí para insultarnos,
 Y mofarse esta noche de tu fiesta.
 CAP. ¡Es el jóven Romeo?

TEO. El vil Romeo.

CAP. Templa tu enojo, en paz le deja, primo,
 Se porta cual hidalgo respetuoso,
 Y áun á decir verdad, Verona toda
 Se precia de poseer en él á un hijo
 De nobles prendas y virtud notable:
 Por todo el oro que Verona encierra
 No le ofendiera, hallándose en mi casa.
 Ten calma, pues, y en él no más te ocupes.
 Esta es mi voluntad; si la respetas,
 Muéstrate más jovial, descoge el ceño
 Que tan mal cuadra en la hora de la fiesta.

TEO. No cuadra mal do hay huésped tan villano—
 No aguanto su presencia en esta sala.

CAP. ¡La aguantarás! La aguantarás, te digo.

¿Te rebelas, muchacho? Calla y vete.
 Veremos quién es amo de esta casa.
 ¿Que no la aguantarás? ¡Dios me perdone!
 ¿Querrás amotinar mis convidados?
 ¡Pues no faltaba más! ¡Habrás vistol...

TEO. Señor, es un bochorno.

CAP. ¡Calla, vete!

Eres un niño impertinente. ¡Hola!
 ¡Conque un bochorno! Mira, ten cuidado
 Que no te cueste cara la insolencia.
 ¿Me quieres contrariar? Estás á tiempo.
 —Bien dicho, amigos.—Insolente, véte.
 Y silencio, ó...—Más luz, más luz.—¡Por vidual...
 Mas yo te haré callar.—¡Animo, amigos!

TEO. La calma que me impone, el fiero enojo
 Que arde en mis venas, al hallarse juntos,
 Hacen temblar mi carne en fiera lucha.
 Me iré; mas la dulzura de este encuentro
 Convertirá mi enojo en hiel amarga. (Vase.)

ROM. (A Julieta.) Si con mi indigna mano

De este santurio la virtud profano,
 Aplacaré feliz vuestros enojos
 Con estos labios rojos,
 Dos peregrinos de rubor cubiertos,
 Borrando con un beso de ternura
 El rudo tacto de mi mano impura.

JUL. Buen peregrino, haceis injusto agravio
 A vuestra mano, por demas piadosa;
 No es menester el labio:
 Pues con su mano la del santo estrecha
 Devoto el peregrino,
 Y su alma generosa
 Sólo al tocarla queda satisfecha.

ROM. Pero el santo divino
 ¿No tiene labios como el peregrino?

JUL. Labios que sólo en oracion emplea.

ROM. Deja, pues, santa amada,
 Que llegue el labio do la mano osada.
 En oracion tambien usarlo quiero:
 Propicio á mi oracion tu pecho sea:
 Mira, me desespero.

JUL. Aunque á tu ruego ceda;
 El santo inmóvil queda.

ROM. Pues no te muevas y mi ruego cumple.
 (La besa.)

Así tu labio purifica el mio.

JUL. Y de tus labios el pecado hereda.

ROM. ¿Pecado de mis labios? Pues entónces,
 Devuélveme mi dicha y su pecado.

JUL. En esto de besar sois extremado.

AMA. Señora, vuestra madre hablaros quiere.

ROM. ¿Quién es su madre?

AMA. ¿Cómo, caballero!
 Su madre es la señora de esta casa.
 Una señora buena, y santa, y docta.
 Crié á mi pecho á su hija, á quien hablasteis;
 Y os juro que el galan que la consiga
 Se llevará un tesoro.

ROM. ¡Oh suerte fiera!
 ¡Es de la estirpe vil de Capuleto!
 Soy deudor de mi vida á mi enemigo.

BEN. Venid, que ya á su fin la fiesta toca.

ROM. La fiesta acaba, y mi dolor empieza.

CAP. No os vayais, caballeros, pues en breve
 Os servirá mi gente un refrigerio.
 ¿Cómo? ¿insistís? Entónces, Dios os guarde.
 Os agradezco á todos la asistencia.
 Honrados caballeros, buenas noches.
 —Más antorchas aquí.—Vamos al lecho:
 Va siendo tarde.—Á descansar, amigos.
 (Váuse todos ménos Julieta y el ama.)

JUL. Ama, venid acá; decidme pronto
 ¿Quién es aquel galan.

AMA. Ese es el hijo
 Y el heredero del señor Tiberio.

JUL. ¿Quién es aquel que por la puerta sale?

AMA. Que es el jóven Petruquio se me antoja.

JUL. ¿Y el que le sigue, el que bailar no quiso?

AMA. No sé.

JUL. Corre, preguntale su nombre.
 —¡Ay! si casado fuera, mi sepulcro
 De tálamo nupcial me serviría.

AMA. Pues se llama Romeo; de la casa
 De los Montescos es; única prole
 Del más cruel de vuestros enemigos.

JUL. Sólo una enemistad mi pecho abriga,
 Y de ella nace amor. ¡Ay! harto pronto
 Te ví sin conocerte, y harto tarde
 Te llevo á conocer! ¡La suerte impia
 Me obliga á amar al que odia el alma mia!

AMA. ¿Cómo? ¿qué es eso?

JUL. Un verso que en el baile
 De un galan aprendí.
 (Llaman dentro.) «¡Hija, Julieta!»

AMA. Ya va, ya va.—Venid, amita mia;
 Los convidados ya se fueron todos. (Váase.)